

Usos de la droga*

HÉCTOR GALLO* *

Departamento de Psicoanálisis, Universidad de Antioquia. Medellín, Colombia.

Usos de la droga

Resumen

Este texto está dedicado a hacer un examen de la relación del sujeto con la droga, tomada como objeto de goce y teniendo en cuenta las variaciones subjetivas que en dicha relación pueden ser localizadas.

Palabras clave: abstinencia, manía, éxtasis, compulsión y goce

Uses of drugs

Abstract

This article examines the relationship between the subject and drugs, taken as an object of *jouissance* and taking into account the subjective variations that can be found in said relationship.

Keywords: abstinence, mania, ecstasy, compulsion and *jouissance*.

Usages de la drogue

Résumé

Ce texte est consacré à faire un examen du rapport du sujet à la drogue, considérée comme objet de *jouissance* et en tenant compte des variations subjectives qui peuvent être repérées dans ce rapport.

Mots clés : abstinence, manie, extase, compulsión et *jouissance*



* Conferencia dictada en el Auditorio de la Facultad de Salud Pública, Universidad de Antioquia, Medellín, en 2006.

** hectorgallo1704@yahoo.com.mx

INTRODUCCIÓN

Voy a partir de un dato histórico que no es indiferente para la discusión que nos reúne y lo voy a resumir de esta manera: mientras el contacto de los individuos con la droga es antiguo, lo que se denomina toxicomanía y alcoholismo pueden fecharse en el siglo XIX. Definidos “como una forma de relación del sujeto con determinadas sustancias”, la existencia de los términos evocados no pasa de “ciento cincuenta años”¹.

Desde siempre ha existido motivación y curiosidad por consumir bebidas alcohólicas y sustancias que produzcan ciertas sensaciones físicas y psíquicas, pero no el reconocimiento médico de una *dependencia*. Este reconocimiento tuvo que esperar hasta el descubrimiento clínico de un fenómeno denominado “abstinencia”². La abstinencia como síndrome define una incomodidad por la suspensión del consumo, hecho que es leído médicamente como signo de que se ha instalado una especie de sometimiento interno de la voluntad racional del sujeto.

Tenemos un tipo de uso de la droga en el que la suspensión no produce efectos irresistibles y otro en el que son notables, hasta el punto de que algunos consumidores dicen que la única manera de “nivelarse”, es decir, de calmar la “desesperación”, es logrando consumir cueste lo que cueste. A pesar de ser el tóxico un objeto inanimado, un objeto que no demanda nada del sujeto, estar separado de su consumo cuando hay adicción, provoca un estado peor al experimentado en ciertos estados de enamoramiento pasional, en que se vuelve imperativo encontrar al objeto amado, saber dónde se encuentra, en qué anda, qué ha sido de él. Decimos imperativo porque si no se obedece al impulso pasional, no habrá apaciguamiento ni reposo posible.

RELACIÓN CON LA DROGA

El uso de la droga no se lleva a cabo de la misma manera en todo tiempo y lugar, y la relación de los sujetos con ella no es homogénea. En su examen hay que contar con el contexto social, con la política que define la ciudad frente al consumo, el momento en que se encuentra la relación que se establece con el tóxico, la responsabilidad íntima del sujeto con su propio consumo y los discursos en circulación.

¹ Fabián Naparstek, *Introducción a la clínica con la toxicomanía*, Gramma, Buenos Aires 2005, p. 11.

² *Ibid.*, p. 17.

No todo uso de la droga hay que considerarlo en sí mismo inconveniente, porque depende de la función particular que adquiere en un sujeto, del modo de relación que se constituya y de la ideología que le sirve de soporte. Hay, por ejemplo, un uso de la droga que le permite al sujeto volverse corajudo, porque le ayuda individualmente a la desinhibición sexual. Algunos dicen que los pone animados, que se vuelven más sociables, que les ayuda a enfrentar al enemigo con arrojo –en caso de haberse enrolado en un ejército legal o ilegal– o a cumplir con menos temor una misión peligrosa. Hay otros que cuando están sobrios son joviales y encantadores, mientras que bajo el efecto del alcohol se “vuelven irreconocibles”. En otros casos, la sobriedad tiene que ver con una especie de apabullamiento y disminución personal, mientras que con el alcohol y la droga aparece cierto cinismo que sirve como liberación del peso del Otro. En estos casos el capricho propio se hace valer sobre cualquier otra consideración, desapareciendo el sujeto de la responsabilidad, que es aquél con capacidad de calcular las consecuencias y de responder por éstas.

En épocas en que los ideales tenían una mayor consistencia que hoy, el consumidor aparecía anudado a su objeto no sólo por las sensaciones encontradas, sino también por ciertos significantes como la paz y el amor. Dado que en estos casos el consumo tenía valor de protesta porque era una manera de oponerse, por ejemplo, a lo real de la guerra y de responder al malestar que producía su aspecto absurdo, involucraba una innegable utilidad para el vínculo y se mantenía dentro de ciertos límites simbólicos que preservaban contra la caída definitiva en la adicción.

Otra constante observada era el uso de la droga para soportar las exigencias de un trabajo donde el cuerpo fuera obligado a grandes esfuerzos, para lograr una buena concentración en las obligaciones académicas, en la producción literaria y para estar en comunión con el campo, el paisaje y los amigos. Era menos la búsqueda inútil del goce por el goce, como suele suceder hoy, que la implantación de una ayuda artificial en función de un tipo de rendimiento específico.

En la actualidad, ideales como la paz, la fraternidad comunitaria, la concentración intelectual y la producción artística, salvo algunas excepciones, no suelen pasar por el consumo de droga. Consumir droga, aunque en algunos pocos casos todavía se acompañe de algún tipo de rituales dirigidos por algún maestro indígena o chamán, esencialmente se anuda a un “nada vale la pena”, que implica una desvalorización de la vida y del vínculo social. Consumir va más en la vía de destituir al Otro y sus exigencias, que de darle consistencia.

Cuando el uso de la droga encuentra un soporte subjetivo en la destitución de cuanto implique deber y deuda, los ideales mueren y el consumidor se ve poco a poco expulsado de sus responsabilidades, en lugar de verse abocado a éstas. El uso





de la droga se ha vuelto todavía más peligroso que antes, porque resulta atravesado por un desamparo generalizado, por una cierta cobardía con respecto al malestar y una debilidad del deseo que afecta el entusiasmo. Todos estos factores de vacilación subjetiva, vinculados con múltiples factores sociales, empujan a los jóvenes al consumo y con ello hacia la manía y hacia la sobredosis, que finalmente trae consigo una quietud que linda con la muerte.

ÉXTASIS

Algo que en el uso de la droga se mantiene de manera más o menos general, es emplearla como medio para acceder a sensaciones que impliquen un estar *fuera de sí*. El fuera de sí es común encontrarlo en la experiencia mística de los santos, en la fascinación amorosa y en el éxtasis del sexo al que no pocos seres humanos aspiran. Fuera de sí, significa quedar invadido por un goce que hace desaparecer al sujeto de la responsabilidad, implica un desvanecimiento de la censura y, en consecuencia, de cualquier límite moral; es una especie de felicidad artificial porque no resulta apoyada en ninguna transformación de la realidad que implique un éxito real. En los casos en que el logro de este *fuera de sí* no fascine sino que introduce un malestar subjetivo, sirve de blindaje para no querer insistir en su recuperación y opera como un elemento preventivo.

El *fuera de sí* evoca, al mismo tiempo, una cierta comunión con el Otro y un desprendimiento de todo límite con respecto a la emoción. La relación con la droga parece ser un camino expedito para encontrarlo, pero la comunión ya no es con el Otro, sino consigo mismo. Lo propio del éxtasis actual de la droga, éxtasis buscado individual o colectivamente en fiestas que lo propician, no es la socialización, sino el autoerotismo. Aunque se produzca dentro de una multitud, por ejemplo en una discoteca, su estatuto es el de una conmoción idiota, porque el sujeto tiende a volverse Uno solo y a no salir de su propio cuerpo.

Hoy día sólo unos pocos logran mantener una relación con la droga atada al principio del rendimiento y no al éxtasis inútil. No son muchos los que, a pesar del consumo, buscan mantenerse anclados en su responsabilidad con las obligaciones adquiridas. El reinado del consumo generalizado hace que en la actualidad se tienda a pasar de la medida que da control a la pérdida de los límites. A esta seductora pérdida del límite propia del éxtasis, algunos la denominan “manía por el tóxico”³.

Manía, en este contexto, significa pérdida de la medida, pasión descontrolada por el objeto que envenena, exaltación loca, alegría, desinhibición y suspensión del gasto de represión, porque se da rienda suelta a todo lo pulsional. La manía es uno de

³ *Ibid.*, p. 49.

los nombres con que se instala la compulsión por el tóxico. La compulsión denota un estado de apresamiento en el cual la relación del sujeto con la sustancia es más fuerte que la información, los consejos de los más cercanos, las campañas de prevención, la pérdida de cosas consideradas valiosas y la voluntad de cambiar para vivir mejor.

A la compulsión que mata lentamente, el sujeto que se encoleriza contra sí mismo y decide contra viento y marea recuperarse, suele combatirla con un significante tan fuerte como el objeto droga en la fase de la manía. No es extraño que la salida más común de la droga sea por la vía religiosa, debido a que sólo ahí, gracias al concurso del Dios omnipotente, puede encontrarse un éxtasis tan supremo como el que aporta la droga. Este encuentro que garantiza una completud imaginaria, a veces sorprende tanto al sujeto que suele fecharlo. Es común que lo interprete como un llamado salvador, momento inolvidable y maravilloso de transformación espiritual, porque en adelante todo tiene sentido. Lo inolvidable no es el éxtasis, porque con esto estaba familiarizado, sino haberle hallado por fin una medida a eso que no la tenía y lograr el destierro de sí de la falta de sentido de la existencia.

La sustitución del consumo de drogas por el consumo de significantes religiosos-ordenadores que llenan de sentido al mundo, produce una satisfacción con valor de intercambio y reporta cierta utilidad, tanto para el sujeto como para su familia y la sociedad. La satisfacción sublimada que reporta este movimiento del goce del consumo al placer de testimoniar ante otros la heroica transformación espiritual, es contraria al goce disgregador y autoerótico que produce la droga, pues fortalece lazos de familiaridad y hermandad, aunque al mismo tiempo genere una dependencia grupal.

Los grupos que se autosegregan como ex adictos y suelen aislarse alrededor de la bandera del no consumo como imperativo categórico, se quedan en el testimonio como dispositivo de acogida y encuentro. Cada uno se ofrece a su semejante dominado por el consumo como modelo de lo que se puede y debe hacer con algo tan demoníaco como la droga y el alcohol. Uno por uno exhibe con orgullo su recuperación, muestra lo que era y en lo que se convirtió con la ayuda de una fuerza virtual que ya nunca lo abandonará ni engañará hasta la muerte.

Los recuperados, de usar demasiado la droga cuando eran adictos, pasan a usar demasiado la fe y el poder de Dios. Lo que se logra restaurar imaginariamente es un padre generoso, salvador, asegurador y acompañante, un padre que ya no existe más. La realización de esta maniobra imaginaria con efectos simbólicos, hace que la compulsión cambie de estatuto: se pasa de la manía por la droga a la manía por un ideal fabricado a la medida de las necesidades de cada uno; mientras tanto las obsesiones que la droga mantenía bajo control, retornan con todo su esplendor y contra ellas hay que reforzar el ritual para evitar la angustia. Aquél que antes consumía sin parar y



desacreditaba los ideales colectivos porque se completaba con el objeto-droga, pasa a elevar dichos ideales a la dignidad de lo fundamental y a vivir obsesionado con el orden del mundo.

La relación con el Uno como guía espiritual imprescindible, no envenena el cuerpo como sí lo hace el tóxico, pero debilita el espíritu en su aspecto creador, porque limita el pensamiento. El recuperado ya no vivirá dependiendo de una sobredosis de tóxico, sino de una sobredosis de sometimiento al Otro que predica cómo se debe vivir y advierte sobre lo que debe evitarse. De toxicómano –sólo satisfacción con el consumo de la sustancia– a enfermo del ideal –sólo satisfacción y éxtasis con la palabra de un Dios que desea cosas de mí–, es el movimiento subjetivo del recuperado. Allí donde estaba la completud y el goce mortal con la droga, se instituyen unos significantes adormecedores que sirven como guía de la existencia.

En adelante todo, salvo el testimonio, queda limitado por un exceso de medida que coarta el pensamiento y debilita el entusiasmo en la relación con el saber como invención. La lógica que se mantiene y que no cambia, es confundir con el bien lo que produce satisfacción, placidez y comodidad, pues esto también puede lograrse en la relación inicial con la droga. Mientras el encuentro con el tóxico produzca placidez y se constituya en el encuentro con un goce inédito, se facilita un acuerdo psíquico, una armonía imaginaria, que hará fallar las campañas de prevención.

Otra cosa que se opone al éxito de las campañas de prevención basadas en la información, es el hecho de que la manía generalizada por consumir droga es consecuente con la manía de consumir todo tipo de objetos desechables en el capitalismo moderno. En la actualidad, la droga es ya un producto de mercado y se ha convertido en un “modo de satisfacción masivo” que ya no se sabe cómo controlar.

Como en la misma lógica capitalista se ha instalado el medicamento producido por las multinacionales que lo han convertido en un negocio rentable, no es de extrañar que en este registro también encontremos sobredosis, por ejemplo de antidepresivos y que no pocos intentos de suicidio se produzcan y consumen por esta vía, tanto por parte de jóvenes como de adultos. Psíquicamente cada vez más se diluye la diferencia entre droga alucinógena y medicamento, de ahí que ambos entren, bajo ciertas condiciones de dependencia, con facilidad en la lógica del abuso. Desde el punto de vista psíquico, es sumamente riesgoso prescribirle medicamentos a un drogadicto, por ejemplo, contra la depresión o la angustia, pues como en el inconsciente no existe diferencia entre ambos productos químicos, estarán dadas todas las condiciones para el abuso, buscando el mismo efecto de desaparecer como conciencia racional.

Lo más paradójico que revela la clínica de la drogadicción, es que en aquellos casos en los cuales la sustancia se impone como veneno y no como remedio, la relación



con ella se vuelve más fuerte e incontrolable⁴. El sujeto no quiere saber de rompimientos, nada lo mueve a renunciar al goce del consumo y no le interesa escuchar argumentos contrarios a su idilio con la droga.

Igual que un hombre religioso con su dios, el drogadicto parece fundido con su objeto en una totalidad imaginaria. Si bien esta comunión oceánica puede aterrorarlo porque sabe que ha elegido el camino de un suicidio lento, al mismo tiempo lo fascina mantenerse en ese tránsito, debido a que recupera algo a lo que renuncia cuando se encuentra sobrio.

REFERENCIAS

NAPARSTEK, FABIÁN, *Introducción a la clínica con la toxicomanía*, Grama, Buenos Aires 2005.



⁴ *Ibid.*, p. 28.

